



Fragmentos
A SU IMÁN



LA COLECCIÓN INVISIBLE

La colección invisible

UN EPISODIO DE LA INFLACIÓN ALEMANA (1925)

STEFAN ZWEIG

TRADUCCIÓN
JULIA ESCOBAR

ILUSTRACIÓN
TULLIO RESTREPO

Dos estaciones después de Dresde subió un señor de edad a nuestro compartimiento, saludó amablemente y luego, alzando la vista, inclinó la cabeza hacia mí otra vez de forma explícita, como si me conociera bien. No fui capaz de reconocerlo al instante, pero en cuanto pronunció su nombre con una leve sonrisa, me acordé de inmediato: era uno de los anticuarios de arte más prestigiosos de Berlín, a quien había recurrido con frecuencia en tiempos de paz para contemplar y comprar libros y autógrafos antiguos. Al principio charlamos sobre banalidades. De repente dijo algo inesperado:

—Tengo que contarle de dónde vengo justo hace un momento, pues este episodio es prácticamente lo más extraño con lo que me he enfrentado yo, un viejo comerciante de arte, en mis treinta y siete años de oficio. Lo más seguro es que usted sepa cómo van las cosas ahora en el negocio del arte, desde que el valor del dinero se disipa como gas: los nuevos ricos han descubierto su debilidad por vírgenes góticas, incunables y viejos grabados y cuadros; no es suficiente lo que uno les consigue por arte de magia, por no decir que uno debe defenderse de que no le desocupen por completo la casa y la habitación. Ellos estarían encantados de comprarle a uno hasta los gemelos de la manga y la lámpara del escritorio. De manera que ahora es tarea cada vez más ardua presentar nueva mercancía. Discúlpeme que trate bruscamente de mercancía a estas cosas que para nosotros por lo general significan algo venerable, pero esta perversa estirpe lo ha acostumbrado a uno mismo a considerar un incunable veneciano solo como un sobre para cierta cantidad de dólares y un dibujo a mano de Guercino como encarnación de un par de billetes de cien francos. No sirve de nada oponerse a la penetrante insistencia de estos repentinos compradores compulsivos. Y así me encontré, de un día para otro, de nuevo exhausto, y hubiera preferido bajar las persianas; tanto me avergonzaba de ver

dispersarse por toda nuestra antigua tienda, que mi padre había heredado del abuelo, tan solo miserables baratijas que antaño ningún baratillero callejero del norte hubiera puesto en su carreta.

Ante este apuro se me ocurrió examinar nuestros viejos libros comerciales para dar una mirada a los antiguos clientes, a quienes quizá podría persuadir para obtener de ellos un par de duplicados. Una vieja lista de clientes como esa es siempre una especie de campo fúnebre, especialmente hoy en día y, a decir verdad, no me brindó gran cosa: la mayoría de nuestros clientes de otra época ya había entregado sus posesiones en subastas o había fallecido, y de los que seguían en pie no había nada que esperar. Fue entonces cuando me topé con un paquete de cartas de tal vez nuestro cliente más antiguo, quien vino a mi memoria solo porque desde el comienzo de la Guerra Mundial, o bien, desde 1914, no se había dirigido nunca más a nosotros para hacernos algún pedido o consulta. La correspondencia se remontaba —¡de veras, sin exagerar!— a casi sesenta años; él le había comprado antes a mi padre y a mi abuelo. Sin embargo, yo no podía acordarme de que él hubiera pisado alguna vez nuestra tienda en los treinta y siete años de mi desempeño personal. Todo indicaba que él debía ser una persona rara, anticuada, extravagante, uno de esos alemanes desaparecidos como los personajes de Menzel o Spitzweg, que permanecen, aún en nuestros días, dispersos en pequeñas ciudades de provincia como escasos especímenes únicos. Sus papeles estaban escritos con esmerada caligrafía, los importes subrayados con regla y en tinta roja, incluso repasaba siempre dos veces la cifra para no dar lugar a ningún error: esto, así como el uso exclusivo de hojas de cortesía sueltas y sobres económicos, indicaban la minuciosidad y la compulsión por ahorrar de un provinciano irremediable. Estos singulares documentos estaban firmados no solo con su nombre, sino también siempre con el enrevesado título de Consejero Forestal y Consejero de Economía jubilado, Teniente jubilado, portador de la Cruz de Hierro de Primera Clase. Como veterano de los años setenta debía, por tanto, en caso de que aún viviera, llevar a costas al menos sus buenos ochenta años. Sin embargo, este extravagante y ridículo ahorrador demostraba como coleccionista de dibujos antiguos una perspicacia del todo inusual, un excelente conocimiento y un exquisito gusto: al reunir con mucha paciencia sus pedidos de casi sesenta años, los primeros de los cuales todavía estaban expresados en *groschen* de plata, me percaté de que este pequeño hombre de provincia, en los tiempos en que todavía se podía comprar por un tálero un montón de las más bellas xilografías alemanas, había debido acumular con gran disimulo una colección de calcografías que bien podía ponerse con el mayor de los honores al lado de aquellas de los nuevos ricos, pomposamente dadas a conocer, pues solo lo que él nos había comprado en pequeñas sumas de marcos y *pfennig* a lo largo de medio siglo representaría hoy un asombroso valor y, además, era de esperarse que también hubiera adquirido tesoros en subastas y con otros vendedores a precios no menos económicos. Era evidente que desde 1914 no había llegado ningún otro encargo de parte suya. No obstante, yo estaba demasiado familiarizado con todos los acontecimientos del comercio del arte como para haber podido pasar por alto la subasta o la venta completa de un conjunto de ese tipo; de manera que este curioso hombre probablemente aún vivía o su colección debía estar en las manos de sus herederos.

—De verdad que es muy, muy amable de su parte... Usted no habrá venido en vano. Verá algo que no tiene la ocasión de ver todos los días, ni siquiera en su presuntuosa Berlín... Un par de piezas de una hermosura que no puede hallar en La Albertina ni en la maldita París...

El asunto me interesaba y viajé al día siguiente, o bien, ayer por la noche, sin pensarlo dos veces, directamente a una de las ciudades de provincia más insoportables que hay en Sajonia. Andando sin prisa desde la pequeña estación a lo largo de la calle principal, me parecía casi imposible que allí, entre esas casas cursis y banales con sus trastos pequeño burgueses, en alguna de esas habitaciones viviera una persona que poseyera las más magníficas estampas de Rembrandt junto a grabados de Durero y Mantegna en impecable integridad. Para mi sorpresa, al preguntar en la oficina de correos si allí residía un Consejero Forestal y de Economía con ese nombre, me enteré de que, en efecto, el viejo señor seguía vivo, y antes de mediodía emprendí el camino hacia su casa. A decir verdad, el corazón me saltaba un poco.

No tuve ninguna dificultad en encontrar su domicilio. Estaba ubicado en el segundo piso de una de esas casas económicas de provincia que algún arriesgado albañil y arquitecto pudo haber erigido precipitadamente en los años sesenta. El primer piso estaba habitado por un maestro de sastrería, en el segundo piso relucían la placa de un administrador de correos a la izquierda y, por fin, a la derecha, la tablilla de porcelana con el nombre del Consejero Forestal y de Economía.

Vacilante, toqué la puerta, y enseguida la abrió una anciana de cabello blanco con una pequeña cofia pulcra y negra. Le presenté mi tarjeta y le pregunté si podía hablar con el Consejero Forestal. Extrañada y con cierta aprensión, me examinó primero a mí y luego la tarjeta. En estas diminutas y remotas ciudades, en esta casa chapada a la antigua, una visita del mundo exterior parecía ser un acontecimiento. Me pidió amablemente que esperara, tomó mi documento, fue hasta lo profundo de la habitación, la oí susurrar y luego escuché una voz masculina alta y resonante:

—¡Ah, el señor R... de Berlín, de la gran anticuaria...! ¡Déjalo pasar, déjalo pasar... Me da mucho gusto! —Y entonces la viejecita regresó con pasos cortos y rápidos a invitarme a la sala.

Me quité el abrigo y entré. En la mitad de la humilde habitación estaba bien erguido un hombre viejo, pero aún vigoroso, de tupido bigote y con una chaqueta casera medio militar atada con cordones, ofreciéndome cordialmente ambas manos. No obstante, ese gesto abierto, sin duda alegre y espontáneo, se contradecía con una rara rigidez en su postura. Él no dio un solo paso hacia mí, y yo tuve que ir a su encuentro, un poco extrañado, para estrechar su mano. Cuando quise hacerlo, noté en la posición inmóvil de esas manos que ellas no buscaban las mías, sino que las esperaban. Un instante después comprendí: este hombre era ciego.

Desde niño ha sido siempre incómodo para mí estar frente a un ciego, nunca he podido librarme de cierta vergüenza y perplejidad al sentir a una persona muy viva y al mismo tiempo saber que no me percibe a mí como yo a ella. También en esta ocasión tuve que sobreponerme al susto que experimenté cuando vi esos ojos muertos, suspendidos fijamente en el vacío, bajo las erizadas cejas blancas y frondosas. El ciego no me dejó quedarme mucho tiempo así de extrañado, pues apenas mi mano encontró la suya, la sacudió con gran resolución, renovando el saludo de forma efusiva, cálida y clamorosa.

—¡Una extraordinaria visita! —exclamó, sonriéndome con ganas—. Realmente es una maravilla que uno de los grandes señores de Berlín se extravíe y llegue hasta nuestro villorrio... Aunque eso significa que hay que tener cuidado cuando algún señor comerciante se monte al tren... En nuestra casa se dice siempre: “puertas y bolsos cerrados cuando lleguen los gitanos”... Sí, ya puedo imaginarme por qué viene usted a visitarme... Hoy en día los negocios no marchan bien en nuestra pobre y arruinada Alemania; ya no hay compradores, y entonces los grandes señores se acuerdan otra vez de sus viejos clientes y los buscan como a sus pequeñas ovejas... Me temo que conmigo no va a tener suerte: nosotros, los pobres y viejos pensionados, nos damos por satisfechos con tener nuestro pedazo de pan sobre la mesa. Ya no podemos participar con los absurdos precios que ustedes fijan actualmente... Personas como nosotros estamos excluidas para siempre del juego.

Aclaré de inmediato que me había entendido mal, que no había ido a venderle nada, sino que, encontrándome en ese momento justo allí en los alrededores, no había querido desaprovechar la oportunidad de ofrecerle mis respetos a él como cliente de nuestra casa desde hacía muchos años y como uno de los grandes coleccionistas de Alemania. En cuanto enuncié “uno de los grandes coleccionistas de Alemania”, se efectuó una singular transformación en el rostro del anciano. Permanecía erguido y quieto en medio de la habitación, pero una expresión de súbito resplandor y orgullo interior cambió su actitud. Se volteó en la dirección donde suponía a su esposa, como si quisiera decir “¿escuchaste eso?”; y con la voz llena de júbilo, sin rastro de aquel brusco tono militar que había adoptado justo antes, sino con uno dulce, casi cariñoso, se dirigió a mí:

—De verdad que es muy, muy amable de su parte... Usted no habrá venido en vano. Verá algo que no tiene la ocasión de ver todos los días, ni siquiera en su presuntuosa Berlín... Un par de piezas de una hermosura que no puede hallar en La Albertina ni en la maldita París... Sí, cuando uno colecciona durante sesenta años, logra conseguir toda clase de cosas, que por lo general no están tiradas precisamente en la calle. Luise, ¡dame la llave del armario!

Sin embargo, en ese momento ocurrió algo inesperado. La viejecita, que estaba de pie a su lado y quien, con una amabilidad risueña y sigilosamente atenta, había presenciado nuestra conversación, alzó de repente ambas manos hacia mí, suplicante, y al mismo tiempo hizo un movimiento vehemente de negativa, una señal que no entendí en el acto. Luego se aproximó a su esposo y puso con delicadeza ambas manos sobre sus hombros:

—Pero Herwarth —lo amonestó—, no le has preguntado al señor si cuenta ahora con el tiempo de contemplar la colección, ya casi es mediodía. Luego del almuerzo debes descansar una hora, lo exigió el médico expresamente. ¿No es mejor que le muestres al caballero todas las cosas después de almorzar, y

después tomamos café juntos? ¡Para entonces estará aquí también Annemarie, quien entiende todo mucho mejor y puede ayudarte!

Y otra vez, en cuanto pronunció estas palabras, repitió con énfasis aquel suplicante ademán por encima del desprevenido, por llamarlo de algún modo. Supe que ella deseaba que yo rehusara la inmediata inspección del material, de manera que inventé rápidamente una cita para almorzar. Sería para mí un placer y un honor poder apreciar su colección, pero me era casi imposible hacerlo antes de las tres; a partir de esa hora acudiría con mucho gusto.

Enojado como un niño a quien se le quita su juguete preferido, el anciano se volvió hacia mí.

—Naturalmente —refunfuñó—, los señores berlineses nunca tienen tiempo para nada. Pero esta vez sí que deberá tomarse tiempo, pues no se trata de tres o cinco piezas, sino de veintisiete carpetas, cada una para un maestro diferente, y ninguna de ellas medio vacía. Entonces a las tres, pero sea puntual; de otra manera no acabaremos.

Otra vez me extendió la mano en el vacío.

—Tenga cuidado... Usted puede complacerse o enojarse. Y mientras más se enoje usted, más me alegraré yo. Así somos los coleccionistas: ¡todo para nosotros y nada para los demás! —Y de nuevo me estrechó enérgicamente la mano.

La anciana me acompañó a la puerta. Yo le había notado todo el tiempo una cierta incomodidad, una expresión de vergonzosa angustia, pero solamente ahora, justo en la salida, balbuceó con una voz muy deprimida:

—¿Sería posible... sería posible que mi hija Annemarie pasara por usted antes de venir aquí? Es mejor... por varias razones... Desde luego, usted almorzará en el hotel, ¿no es cierto?

—¡Cómo no! Será un placer —respondí.

En efecto, una hora más tarde, cuando ya había terminado de almorzar en el pequeño restaurante del hotel de la Plaza de Mercado, entró una muchacha ya no tan joven, sencillamente vestida, indagando con la mirada. Fui a su encuentro, me presenté y dije que estaba listo para ir con ella enseguida a ver la colección. Sin embargo, ruborizándose, con la misma confusa perplejidad que su madre había manifestado, me preguntó si antes era posible hablar conmigo un momento. Me di cuenta de que le costaba hacerlo. Cada vez que hacía acopio de fuerzas e intentaba hablar, se le subía ese inquietante rubor hasta la frente y enmarañaba el vestido con su mano. Por fin empezó, titubeando y confundiendo a cada instante:

—Mi madre me envió a usted... Me contó todo, y... tenemos que pedirle un enorme favor... Lo que quisiéramos informarle, antes de que vaya donde mi padre... Mi padre deseará naturalmente mostrarle su colección, y la colección... la colección... ya no está del todo completa... Le falta una serie de piezas... Es más, faltan muchísimas...

De nuevo tuvo que tomar aire, me miró a los ojos y dijo con precipitación:

—Tengo que hablarle con toda sinceridad... Usted conoce la época, usted lo entenderá todo... Mi padre quedó completamente ciego después del estallido de la guerra. Ya antes su vista le fallaba a menudo, pero la agitación hizo que la perdiera en forma definitiva, pues resulta que él se empeñó en ir a Francia a pesar de sus setenta y seis años, y como el ejército no avanzaba como en 1870, entonces él se exasperó de una forma terrible, y de ahí en adelante

su vista degeneró con rapidez. Por lo demás, se conserva por completo vital: hasta hace poco aún podía caminar durante horas, incluso practicaba su amada caza. Sin embargo, sus paseos llegaron a su fin y entonces le queda, como única alegría, la colección, la cual contempla cada día... Es decir, no la ve, él ya no ve nada, pero cada tarde saca todas las carpetas para al menos tocar las piezas, una tras otra, siempre en el mismo orden que conoce de memoria desde hace décadas... Hoy en día ya no le interesa nada más, y yo debo leerle siempre en los periódicos todo sobre las subastas, y mientras más altos sean los precios que oye, más feliz se pone... pues... eso es lo terrible, mi padre ya no entiende nada de los precios ni de esta época... Él no sabe que lo perdimos todo y que de su pensión ya no se puede vivir más de dos días al mes... Fuera de eso, el esposo de mi hermana cayó en la guerra y ella se quedó sola con cuatro niños pequeños... No obstante, mi padre no sabe nada de nuestras dificultades materiales. Primero ahorramos, incluso más que antes, pero no sirvió de nada. Luego empezamos a vender —no tocamos, desde luego, su amada colección—... Vendimos las pocas joyas que teníamos, pero, ¡Dios mío!, qué era eso, pues desde hacía sesenta años mi padre había gastado cada *pfennig* que podía ahorrar exclusivamente en sus láminas. Y un buen día no quedó nada más... ya no sabíamos qué hacer... y entonces... entonces... mi madre y yo vendimos una pieza. Mi padre no lo hubiera permitido; él no sabe lo mal que van las cosas, él no se imagina lo difícil que es conseguir un poco de comida en el mercado negro, tampoco sabe que perdimos la guerra y que tuvimos que renunciar a Alsacia y a Lorena. Ya no le leemos estas cosas de los periódicos para que no se altere.

Fue una pieza muy valiosa la que vendimos, un aguafuerte de Rembrandt. El mercader nos ofreció muchos, muchos miles de marcos por él, y confiábamos en que nos sostendrían durante años. Pero usted sabe cómo se desvanece el dinero... Depositamos el resto en el banco, pero al cabo de dos meses se había ido todo. Entonces tuvimos que vender otra pieza, y luego otra, y el comerciante enviaba el dinero siempre tan tarde, que ya se había devaluado. Luego probamos en subastas, pero también allí nos estafaron, pese a los precios millonarios... Cuando nos llegaban los millones, siempre se habían convertido ya en papel sin valor. Así se fue esfumando poco a poco la colección, salvo un par de excelentes piezas, solo para subsistir del modo más austero posible, pero mi padre no sospecha nada de esto.

De ahí que mi madre se hubiera asustado tanto cuando usted llegó... pues si él le enseña las carpetas, todo queda al descubierto... Hemos puesto precisamente, en los viejos paspartús, cada uno de los cuales él conoce al tacto, reproducciones o láminas análogas en lugar de las piezas vendidas, con el fin de que él no se dé cuenta de nada cuando los palpe. Y si puede tan solo acariciarlas y contarlas (guarda en la memoria la disposición exacta), entonces experimenta la misma alegría de antes, cuando podía verlas con sus ojos abiertos.

Por lo demás, no hay nadie en esta pequeña ciudad a quien mi padre considere digno de mostrar sus tesoros... y él ama cada una de las láminas con un amor tan fanático que yo creo que se le rompería el corazón si intuyera que todo se ha escabullido hace largo tiempo de sus manos. Usted es el primero en todos estos años, desde que falleció el antiguo director del Gabinete de Grabados de Dresde, a quien él pretende mostrar sus carpetas. Por eso le ruego...

De repente, la senescente señorita levantó las manos, y sus ojos relucieron, húmedos.

—... Le rogamos... no lo haga desgraciado... no nos haga desgraciadas... no le destruya esta última ilusión, ayúdenos a hacerle creer que todavía existen todas esas láminas que le va a describir... Él no sobreviviría si llegara tan solo a sospecharlo. Tal vez cometimos una injusticia con él, pero no podíamos obrar de otro modo: había que vivir... y la vida humana, la de cuatro niños huérfanos como los de mi hermana, es más importante que láminas estampadas... Hasta el día de hoy no le hemos quitado en absoluto su alegría con eso; él es feliz de poder hojear sus carpetas cada tarde durante tres horas, conversando con cada pieza como con una persona. Y hoy, hoy sería quizá su día más feliz, pues ha esperado desde años la oportunidad de poder enseñarle a un experto sus cosas favoritas; por favor... ¡le ruego de rodillas que no le arruine esa alegría!

Todo fue dicho de una forma tan conmovedora que mi relato es incapaz de expresarse igual. ¡Dios mío! Como comerciante he visto a muchas de estas personas vilmente desvalijadas, ruinmente engañadas por la inflación, a quienes han estafado, dándoles un pedazo de pan a cambio de las posesiones familiares más preciadas, de siglos de antigüedad. Sin embargo, el destino había creado un caso único que me impresionaba especialmente. Por supuesto le prometí que guardaría silencio y que haría lo mejor que pudiera.

En el camino hacia la casa seguí enterándome, lleno de indignación, de las miserables sumas con las que habían engañado a estas pobres e ignorantes mujeres, pero esto no hizo más que afirmar mi decisión de ayudarlas hasta el final. Subimos las escaleras, y, en cuanto abrimos la puerta, escuchamos desde el fondo de la habitación la regocijada y resonante voz del anciano:

—¡Adelante! ¡Adelante! —Su agudo oído de ciego debió haber percibido nuestros pasos desde las escaleras.

—Herwarth no pudo dormir nada hoy de la impaciencia por mostrarle sus tesoros —dijo sonriendo la viejecita. Una sola mirada de su hija la había tranquilizado ya sobre mi consentimiento. Sobre la mesa yacían a la espera las pilas de carpetas exhibidas, y en cuanto el ciego sintió mi mano, agarró mi brazo sin más saludo y me arrojó sobre el sillón.

—Bien, empecemos de una vez. Hay mucho por ver y los señores de Berlín nunca tienen tiempo. Esta primera carpeta es sobre el maestro Durero y, como usted comprobará, está muy completa. Aquí hay una pieza especialmente bella. En fin, ya juzgará usted mismo, ya lo verá —dijo, abriendo la primera página—: *El caballo grande*.

Entonces sacó, con la delicadeza con la que normalmente se toca algo frágil, cogiéndolo con mucho cuidado con la punta de los dedos, un paspartú de la carpeta, en el cual estaba enmarcada una lámina de papel vacío y amarillento. Puso frente a él, entusiasmado, el despreciable pedazo. Lo contempló durante largos minutos sin verlo en realidad, sosteniendo extasiado esa lámina vacía con las manos extendidas a la altura de los ojos. Su rostro expresaba mágicamente el gesto intenso de alguien que ve. En su mirada fija de pupilas muertas, de repente pasó —¿fue el reflejo del papel o un resplandor proveniente de su interior?— una claridad reluciente, una luz sabia.

—¿Y bien? —dijo, orgulloso— ¿Había visto alguna vez una reproducción más bella? ¡Con qué exactitud, con qué claridad surge cada detalle! Yo comparé

la lámina con el ejemplar de Dresde, pero el efecto, en contraste, es muy lánguido y opaco. Además, hay que considerar su origen —volteó la lámina y señaló con la uña, en el reverso, cada posición exacta del papel vacío, de modo que involuntariamente me acerqué a mirar si los trazos seguían allí—. Ahí tiene el sello de la colección Nagler, aquí el de Remy y Esdaile; estos ilustres y anteriores dueños ni siquiera imaginaron que su lámina llegaría alguna vez a esta pequeña habitación.

Un escalofrío me recorría la espalda cuando el desprevenido elogiaba con tanto entusiasmo una lámina completamente vacía, y era espantoso ver cómo indicaba con la uña, con precisión milimétrica, todos los signos invisibles de los coleccionistas que seguían existiendo solo en su fantasía. Tenía la garganta atorada por el terror, y no supe qué contestar; pero cuando, desconcertado, dirigí la mirada hacia las dos mujeres, me encontré de nuevo con las suplicantes manos alzadas de la estremecida y agitada anciana. Entonces me controlé y empecé a actuar.

—¡Extraordinario! —logré decir al fin— ¡Una reproducción espléndida! —Y de inmediato todo su rostro resplandeció de orgullo.

—Pero eso no es nada todavía —alardeó—. Debe ver la *Melancolía* o la *Pasión*, un brillante ejemplar, como rara vez se produce otro de la misma calidad. Solamente observe esto —y de nuevo sus dedos se deslizaron cariñosamente sobre una representación imaginaria—. Esta viveza, este tono granuloso y cálido. Berlín, con todos sus señores mercaderes y doctores de museos, se enloquecería.

Y así continuó este raudo y elocuente triunfo, durante dos horas completas. No, no puedo retratarle lo espantoso que fue observar con él esos cien o doscientos pedazos de papel vacíos o reproducciones miserables, que eran sin embargo tan increíblemente auténticos en la memoria de este trágico despedido, quien sin equivocarse alababa y describía en sucesión impecable cada unidad con los detalles más precisos. La colección invisible, que hacía tiempo debía haberse dispersado a los cuatro vientos, era para este ciego, para este hombre conmovedoramente engañado, todavía una realidad, y el fervor de su visión era tan avasalladora que incluso yo por poco empecé a creer en ella. Una sola vez irrumpió, de forma aterradora, el peligro de que despertara de la soñambula seguridad de su pasión vidente: había encomiado de nuevo la nitidez del grabado de la *Antíope* de Rembrandt (una copia de prueba que, en efecto, debió haber tenido un valor inmenso), y su dedo nervioso y esclarecedor estaba siguiendo amorosamente los trazos de la impresión, sin que su tacto perspicaz encontrara alguna cavidad sobre la desconocida lámina. Una especie de sombra pasó de súbito por su frente, quebrando su voz.

—Es... es la *Antíope*, ¿no es cierto? —murmuró, un poco avergonzado, a lo que yo reaccioné quitándole de las manos, de prisa, la lámina enmarcada y describiendo entusiasmado todos los posibles detalles del aguafuerte, evocándolos yo también de memoria. Fue así como el consternado rostro del ciego volvió a suavizarse. Y mientras más elogiaba yo, más ardía en este nudoso y rancio hombre una cordialidad jovial, un cariño sincero.

—¡Aquí tenemos a alguien que entiende de todo esto! —se regocijó, triunfante, dirigiéndose a su familia—. ¡Por fin, por fin alguien que les cuente lo valiosas que son mis láminas! Pues ustedes siempre me regañaron, incrédulas, por haber puesto todo el dinero en mi colección: es cierto que en sesenta años

no me procuré cerveza, ni vino, ni tabaco, ni viajes, ni teatro, ni libros, y que siempre ahorré y ahorré exclusivamente para estas láminas. Pero ustedes verán algún día, cuando yo ya no esté presente, que serán ricas, más ricas que todos en la ciudad, y tan ricas como los más ricos de Dresde, y entonces se alegrarán de mi locura. Sin embargo, mientras yo viva, no se va ni una lámina de la casa. Primero tienen que sacarme a mí, solo después a mi colección.

Diciendo esto, sus manos acariciaron, como si fuera algo vivo, las carpetas hacía tiempo vacías. Fue horrible, pero al mismo tiempo emocionante para mí, pues en todos los años de la guerra no había visto una expresión de dicha tan plena y tan pura en un rostro alemán. A su lado, de pie, estaban las mujeres, enigmáticamente semejantes a las figuras femeninas de aquel aguafuerte del maestro alemán, las cuales, yendo a visitar la tumba del Salvador, permanecen de pie ante la bóveda abierta y vacía con una expresión de tembloroso terror y al mismo tiempo de éxtasis devoto que celebra el milagro. Así como en aquel cuadro las discípulas estaban iluminadas por la intuición divina del Salvador, así estaban estas dos añejas, desgastadas y miserables pequeño burguesas por el regocijo infantil del anciano, medio en risas, medio en lágrimas, una escena tan conmovedora como nunca antes había vivido. El anciano, incapaz de saciarse de mis halagos, seguía amontonando y repasando láminas, bebiendo sediento cada palabra. Para mí significó entonces un descanso que las falsas carpetas fueran por fin desplazadas y que él, si bien resistiéndose, tuviera que desocupar la mesa para el café.

Sin embargo, ¡qué era ese alivio que sentí después de que, consciente de mi culpa, pude respirar, comparado con la desbordante y tumultuosa alegría, con la euforia de este hombre rejuvenecido treinta años! Relató miles de anécdotas sobre sus compras y pesquisas, se levantó a tientas constantemente, rechazando cualquier ayuda, para sacar una lámina tras otra: estaba exultante y embriagado como si hubiera bebido vino. No obstante, cuando anuncié que debía despedirme, prácticamente se asustó, se enfadó como un niño caprichoso, pateó porfiado, dijo que no podía ser, pues yo había visto apenas la mitad. A las mujeres les costó arduo trabajo hacerle comprender, en su terco enojo, que no debía retenerme por más tiempo, porque corría el riesgo de perder el tren.

Cuando, después de una desesperante resistencia, por fin se resignó y llegó el momento de despedirse, su voz se tornó muy suave. Tomó mis dos manos, y sus dedos las acariciaron hasta las muñecas con toda la expresividad de un ciego, como si quisieran saber más de mí y manifestarme más amor de lo que las palabras podían.

—Usted me ha dado una alegría muy, muy grande con su visita —empezó a decir con una conmoción tan profunda que nunca olvidaré—. Fue para mí un verdadero regalo por fin, por fin, por fin volver a contemplar mis amadas láminas con un experto. Pero usted verá que no ha venido en vano donde este hombre viejo y ciego. Le prometo, con mi esposa como testigo, que incluiré una cláusula más en mi testamento, la cual confiera a su longeva y prestigiosa casa la subasta de mi colección. Usted tendrá el honor de administrar este tesoro ignoto —y mientras decía esto, posó con amor su mano sobre las carpetas desvalijadas— hasta el día en que se disperse por el mundo. Tan solo prométame que hará un bello catálogo: será mi lápida, no necesito ninguna mejor.

Miré a la mujer y a la hija, que se mantenían muy juntas, y a veces se transmitía un temblor de la una a la otra como si fueran un solo cuerpo

estremeciéndose en unánime conmoción. Yo mismo sentí gran solemnidad cuando el enternecido iluso me encargó que gestionara su colección invisible, deshecha desde hacía mucho tiempo atrás. Conmoverlo, le prometí lo que nunca podría cumplirle. De nuevo brotó una luz de las pupilas muertas, y sentí cómo su anhelo íntimo trataba de percibirme vívidamente; lo sentí en la ternura, en el cariño con que sus dedos apretaban los míos en un gesto de gratitud y promesa.

Las mujeres me acompañaron a la puerta. No se atrevían a hablar, pues el fino oído del señor hubiera escuchado con sigilo cualquier palabra, pero ¡qué cálidas sus lágrimas, con qué profusión de agradecimiento me iluminaban sus miradas! Muy desconcertado, bajé a tientas las escaleras. En realidad, me avergonzaba: había sido como el ángel del cuento que había irrumpido en la habitación de gente pobre, había hecho ver a un ciego durante una hora, había colaborado en un piadoso engaño y había mentido descaradamente; yo, que en realidad había ido como un mezquino mercader a extraerle con artimañas un par de suntuosas piezas. Sin embargo, lo que me llevé conmigo fue mucho más valioso: pude sentir una emoción pura y vital en una época sórdida y triste; un tipo espiritual y luminoso de éxtasis, enfocado en el arte, uno como el que nuestra gente de hoy en día parece haber olvidado hace mucho tiempo. Y sentí veneración —no puedo llamarlo de otro modo— aunque seguía sintiéndome avergonzado, sin saber realmente por qué.

Ya estaba abajo en la calle cuando desde arriba resonó una ventana abriéndose, y escuché que pronunciaban mi nombre: en efecto, el anciano no había querido dejar de seguirme con sus ojos ciegos hacia donde creía que yo estaba. Se inclinó tanto que las dos mujeres tuvieron que contenerlo con cuidado. Agitó su pañuelo y exclamó:

—¡Que tenga un buen viaje! —con la voz risueña y fresca de un muchacho.

Inolvidable será para mí la imagen del rostro feliz del anciano de pelo blanco allá arriba en la ventana, flotando sobre todas las personas malhumoradas, apuradas y ajetreadas de la calle, plácidamente apartado de nuestro repulsivo mundo real por la nube blanca de una ilusión benigna. Y tuve que pensar de nuevo en la vieja y acertada frase (creo que es de Goethe): “Los coleccionistas son personas felices”. ■

Julia Escobar Villegas (Colombia)

Nació en Medellín en 1988. Se graduó en Filosofía en la Universidad de Antioquia. Trabaja en docencia, traducción e interpretación de lenguas extranjeras.